



HISTORIA DE REYNA Y SU GORDO PRECIOSO, JEAN PAUL: LAS BUSCADORAS SON MIS HERMANAS

Me llamo Reynalda Isabel Rodríguez Peñuelas y busco a mi gordito Jean Paul González Rodríguez, desaparecido a sus 21 años. Es triste cuando dicen que la vida sigue, porque para mí no es así, sigo llorando a mi hijo todos los días y sé que lo voy a encontrar aquí o en el más allá para besarlo nuevamente. Es una promesa.

Nací en Los Mochis, Sinaloa, el 3 de septiembre de 1962 en un hogar de cinco hijos, siendo yo la segunda. Era una bebé güerita y mi papá decía: “Se va a hacer india, se tiene que hacer prieta como yo”, así que me quedé como la “indi” hasta el día de hoy.

Mi mamá se separó de mi papá cuando yo era chica y trabajaba mucho para mantenernos, vendía ropa y tortillas de harina doradas. Vivíamos en la colonia Gabriel Leyva Solano, en una casita de ladrillos y tejabán de lámina, en donde sólo teníamos un bracero y un catre para todos. Yo tenía sólo ocho años y mi mamá me dejaba a cargo de mis hermanos menores todos los días. En la mañana, antes de irse, me daba feria para que fuera a comprar algo de comer y leche para la bebé, iba por unas tortillas y una *Fanta* y de ahí comíamos todos. Barría, limpiaba la casa y prendía el quinqué de petróleo cuando llegaba la noche porque no teníamos luz y mi madre regresaba tarde de su trabajo.

A veces los vecinos me decían que me fuera para su casa a ver televisión porque les daba lástima vernos solos en la noche. Me sentaba con mi hermanita en los brazos y el otro por un lado, hasta que llegaba mi mamá y nos regañaba enfrente de todo el mundo.

Creo que por eso mi papá se fue, porque mi mamá era bien grosera. Él venía cada tanto a hacerle un chamaco hasta que completó cinco, y

por más que no funcionaban las cosas mi mamá no se separaba, porque decía que las únicas que lo hacían eran las mujeres de la calle. Será por lo mismo que nunca me divorcié a pesar de que mi esposo fue siempre bien mujeriego y agresivo. Mi mamá lo quería mucho y recuerdo que una de las veces que me golpeó fui a buscarla para que me diera consuelo, pero me dijo: “Por algo te habrá golpeado”, para ella yo siempre era la culpable.

Hace poco murió mi madre y le pedí perdón por haberla dejado sola los últimos años que me dediqué a buscar a mi hijo, pero era lo que tenía que hacer, lo que haría cualquier madre. Ella fue dura hasta el final, no recuerdo que me haya dado un abrazo o un beso en algún momento de mi niñez o de mi adultez. Cuando estaba agonizando en su lecho de muerte le pregunté: “¿Me quieres?”. “Sí”. “¿Sí qué?”. “Sí te quiero”, me dijo. Sólo así logré que me lo dijera y descansé después de tantos años. Yo creo que ella también descansó.

A mis catorce años ya estudiaba una carrera comercial y trabajaba en una tienda de ropa, donde conocí al papá de mis hijos. Estábamos bien chamacos y cuando cumplí los 18 se le fueron los pies y quedé embarazada de mi hijo Christian.

Él no vivía en Los Mochis, sólo venía de vacaciones a casa de su abuela, que era vecina de la mía, y era ahí cuando nos veíamos; después se regresaba a Guadalajara, donde estudiaba y vivía con sus papás. Por supuesto que su familia no quería que se casara porque estaba estudiando. Y un día, cuando yo iba al doctor para una revisión, me dijo que terminando me fuera para la casa de su mamá. Cuando llegué me dijo que me quedara y yo quería, así lo hice. Al día siguiente se hizo un despapaye con mi mamá, fue a buscar a mi novio para decirle que se tenía que casar conmigo y él insistía en que no, porque así habíamos quedado.

Pero el romance no duró mucho. Cuando estaba saliendo de la dieta de Christian, el papá de mi hijo se casó con otra muchacha a la que estaba viendo hacía meses. Lo peor es que vivíamos en la misma calle, porque yo me fui a vivir con mis abuelos y él vivía con su abuela. Había veces que salía a tomar el camión para ir a trabajar y los veía salir juntos, besándose; ella embarazada y muy enamorados. Yo me sentía terrible porque él era mi adoración, mi primer amor.

A mí no me buscó para nada, ni para darle una lata de leche al bebé, que nació en 1980, cuando yo tenía 19 años. Fue mi abuelo el que me ayudó a pagar el parto empeñando un ventilador y otras cosas de la casa, y desde entonces me hice cargo de mi hijo sola, impidiendo que su papá se le acercara. Trabajé en una zapatería y después en una clínica dental como encargada, donde ganaba muy bien, así que me daba gusto y traía a mi hijo siempre bien vestido. Vivíamos con mis abuelos, que lo querían mucho y me ayudaban a cuidarlo mientras yo trabajaba.

Cuando Christian tenía cuatro años conocí a un muchacho muy bueno y nos hicimos novios. Él iba a visitarme a mi casa como si fuera una señorita, a pesar de que ya tenía un hijo, y mis abuelos lo veían muy bien. Pero cuando el papá de mi hijo se enteró de que nos íbamos a casar empezó a buscarme muy insistente, yo lo evitaba porque tenía a mi novio, hasta que de tanto insistir volví a caer.

Se divorció de la mujer y se casó conmigo, yo embarazada otra vez. Él estaba estudiando en la Ciudad de México para policía federal de caminos y hasta allá iba a verlo. Mi segundo hijo, Jorge Alberto, nació en 1987. Ya no trabajaba porque mi marido era muy celoso y me lo prohibió. Nunca fui grosera con él ni le falté al respeto, pero eso no importaba, siempre encontraba pretexto para enojarse conmigo.

Luego vino mi tercer hijo, el único que planeé: Gerardo. Será por eso que me salió tan tranquilo y tan diferente a sus hermanos, con los que he batallado tanto. Con los tres niños en brazos me fui para La Piedad, Michoacán, porque allá trabajaba él de policía y le iba muy bien. Pero cuando quedé embarazada de mi gordito, Jean Paul, empezó la pesadilla, porque Adalberto se consiguio a una mujer de mala vida, muy guapa ella, y empezó a humillarme como nunca. Siempre me negó que andaba con ella y yo no era de rebajarme e ir a reclamarle a nadie por un hombre, claro que no.

Con engaños me mandó embarazada de vuelta para Los Mochis a vivir a casa de mi suegra, para quedarse con el camino libre. Pero no la tuvo fácil porque tiempo después lo corrieron de su trabajo y durante ocho años perdí contacto con él. Durante ese tiempo fue durísimo para mí porque estaba acostumbrada a que él me mandara dinero, me tenía

mi carro, me pagaba las tarjetas. Tuve que ponerme a vender tamales, planchar ajeno, hacer comidas para eventos y hasta recibía clientas en mi casa para hacerles *manicure* o pintarles el pelo. Intenté siempre trabajar en mi casa para no descuidar a mis niños.

Apareció a los ocho años, pero sólo para volverse a desaparecer, y supe que ya andaba con otra mujer, hasta que dije “ya no más, no regreso”. Mi hijo Jean Paul creció con mucho resentimiento hacia su papá porque lo maltrataba mucho. Como a los 12 años ya no quiso seguir estudiando y entró a trabajar de paquetero en el mercado. De repente me llegaba con una bolsota de jabón: “Pa’ que me laves los uniformes jefa”, me decía. Luego sacaba toda su feria y repartía la mitad para él y la mitad para mí. Era un niño muy servicial y muy querido por todos a pesar de que tenía un carácter tremendo, como el de su papá.

Después empezó a juntarse con una pareja joven que vivía cerca de la casa. Les hacía los mandados, les lavaba los carros, andaba todo el día con ellos en la playa, en los restaurantes, en su casa. Cuando menos pensé, el plebe se me estaba yendo con esta pareja para Ciudad Juárez, y por más que le negué el permiso, se lo llevaron sin mi autorización y estuvo allá dos años.

Cuando regresó, Jorge y Christian trabajaban en una hamburguesería, uno como cocinero y el otro como repartidor, y Gerardo en un carrito de *hot dogs*. Jean Paul se metió a lavar carros. Ahí empezaron a agrandarse los problemas. En la hamburguesería Christian conoció a un muchacho que andaba mal y que fue una mala influencia para él. Por más que hablamos con él, insistiéndole que más valía pan duro pero seguro, que no iba a terminar bien, él decidió entrarle a esos negocios porque no le alcanzaba el dinero para darle a su mujer. Más adelante fue Jean Paul el que entró directamente a lo que llamaban “la oficina”. Apenas tenía quince años mi hijo y ya andaba metido en problemas, por más que le pedí que no lo hiciera.

Cuando tenía 17 años lo levantó por primera vez el gobierno, y después de tenerlo tres días desaparecido me lo regresaron casi loco. Fue Dulcina, la periodista, la que lo salvó esa vez, porque ella llegó a la ministerial para hacer algún reportaje y escuchó que alguien se quejaba.

“¿Están torturando a alguien?”. “No”. “Sí, ¿cómo que no?”. Empujó la puerta y vio que estaban encima de mi niño golpeándolo, pero sirvió que los viera porque lo soltaron y se lo llevaron al tutelar de menores en Culiacán. Tenía sus pompis todas moradas cuando fui a verlo, y todavía un fulano, vestido de civil, se metió con una pistola a amenazarlo para que no se atreviera a denunciar y firmara una declaración. El puntito negro que tiene en el ojo le quedó de los golpes que recibió esa vez.

Las cosas ya estaban difíciles desde antes. Una vez llegaron a mi casa unos ministeriales diciendo que si no abríamos tirarían la puerta. Estábamos sólo mi nuera embarazada y yo, y ellos eran más de diez, encima de la casa y alrededor. Sin presentar ninguna orden catearon toda la casa y nos quitaron nuestros celulares. Al final se llevaron unas actas de nacimiento de mis hijos y unas fotos que tenía en los cajones. Por supuesto nunca fui a poner una denuncia ni por la tortura contra mi hijo ni por el cateo a mi casa. No podía poner a mi familia en riesgo, para ellos no iba a haber justicia, pero sí represalias.

Desde entonces ya no tuve paz, no había noche en que no me despertara pensando lo peor y las cosas se complicaron aún más. Uno tras otro mis tres hijos fueron cayendo en la cárcel: primero Christian y Jorge, y tres meses después Jean Paul. Tuve que batallar mucho entre las oficinas y los juzgados para sacarlos de ahí y pagar una defensora privada, porque los de oficio nunca los defendieron bien. Trabajaba toda la semana y con lo que juntaba hacía comida para llevarles el día de visita y para dejarle a cada uno un poco de dinero con el que pudieran pagar sus cosas adentro y recargar su celular. A Jean Paul le llevaba mucha comida porque le gustaba compartir con los otros muchachos. Fueron cuatro años de andar batallando para apoyar a mis hijos y sus familias.

El primero en salir fue Jean Paul, y lo desaparecieron nueve meses después. A mi hijo Christian lo levantaron dos veces después de salir de la cárcel, pero logró que lo liberaran. Y Jorge salió muy afectado emocionalmente después del encierro. Hasta caer en la cárcel él nunca había tenido nada que ver con esos negocios, pero cayó por andar en una fiesta de su hermano Christian, en donde hubo una redada y se los llevaron a todos parejo.

Jean Paul se fue a vivir a casa de una vieja amiga en Guasave porque mi casa estaba muy vigilada y tenía miedo de que lo levantaran. Cuando supe dónde se estaba quedando me fui a visitarlo con mi nieta.

Me acuerdo que andábamos en su carro y nos paramos en un Oxxo a comprar cualquier cosa y me compró una promoción de Tecate porque quería que hiciéramos carnes en su jugo y nos tomáramos unas chelas. A su niña le compró una pizza, él adoraba a esa niña. Esa fue la última vez que lo vi.

Su desaparición ocurrió el martes 9 de febrero de 2016. Ese día me desperté temprano a preparar flautas para llevarle a Jorge a la cárcel porque era su cumpleaños. Cuando regresaba del penal, parada en la estación del camión, me habló Gerardo para contarme lo que había pasado: Jean Paul había salido en un carro con su amiga Zumiko y detrás de ellos iban dos amigos más, en otro carro. Una patrulla alcanzó a los muchachos que iban atrás, y Jean Paul y Zumiko lograron acelerar para escaparse. Después mi hijo dejó tirado el carro y me imagino que corrió para el monte, porque Zumiko todavía alcanzó a llamar a su mamá para decirle que la policía los estaba siguiendo. Dice Lizbeth, su mamá, que se escuchaban agitados y que mi gordo le decía “corre”.

Ese día en la mañana había visto una foto que mi gordo subió a su *Face* donde se veía como enojado y le pregunté si le pasaba algo. Me dijo que andaba muy agitado porque no tenía un cinco, así que le dije que le iba a enviar 200 pesos, aunque fuera para que se echara un desayuno. Era lo único que tenía en ese momento y había pensado usarlo para comprarle un pastel a Jorge, pero se los mandé a mi gordo a través del Oxxo.

En la noche, una amiga de Jean Paul me habló y me informó de la persecución. Hasta muy tarde en la noche estuve mandándoles mensajes; al otro día en la mañana empecé a llamar también a Zumiko para ver si sabía algo, pero ninguno de los dos me contestaba. Me acuerdo haber estado tirada en la banqueta echa bolita, llorando, sin saber qué hacer. Mi hermano me echó la mano y en la tarde me llevó a todas las corporaciones a buscarlo. No me atrevía a poner la denuncia porque podía perjudicarlo.

Al día siguiente me fui a Culiacán a buscarlo en las agencias; de regreso, cuando estaba llegando a la central de camiones, recibí una llamada anónima diciéndome que ya los habían matado, que dejara de buscarlos, pero yo no entendía nada, no era posible.

Algunos días después fui a poner la denuncia al Ministerio Público y me atendió un licenciado que me dio su número para que le marcara a preguntar cómo avanzaba la investigación. No había día en que no lo llamara y la respuesta era siempre la misma: no había nada nuevo. Al contrario, el licenciado esperaba que yo le diera más información y me presionaba diciendo que yo estaba solapando a mi hijo y que sabía muchas cosas que no quería contarle. Pero la verdad, aunque sé que mi hijo andaba mal —no pretendo tapar el sol con un dedo—, no sabía con quiénes andaba, ni siquiera sabía cómo se llamaba su novia.

De la puerta para adentro los hijos son una cosa y de la puerta para la calle son otra. Un día mi suegra me dijo que había leído en la prensa sobre Las Rastreadoras y me guardó el pedacito de periódico en donde les habían publicado una nota. Sí había escuchado que existían, pero la verdad no le daba importancia porque a mí no me había pasado. Le hice caso a mi suegra y quise ponerme en contacto con ellas. Al principio les escribí por el Messenger de *Facebook*, pero nadie me contestó, y luego Rosario Trigueros, cuyo hijo desapareció poco después de Jean Paul, me dio el número telefónico de Mirna. Le marqué varias veces sin suerte, hasta que una noche me llamó. Esa noche justamente andaba llorando en mi cuarto sin parar cuando entró la llamada. Era sábado y al día siguiente había búsqueda, así que Mirna me invitó para que fuera.

Ese domingo conocí a Imelda, a Claudia y a Mirna, y desde entonces no me he separado del grupo ni he dejado de participar en las búsquedas. Muchas cosas cambiaron desde que estoy con ellas. Ya no me siento tan sola porque ellas están allí como una gran familia; nos abrazamos, rompemos en llanto juntas, nos hacemos cariño, en verdad es mucho alimento para el alma. Sé que si a mí me pasa algo mis hermanas van a buscar a mi hijo por mí y ellas saben que yo buscaré a los suyos. De tanto escuchar las historias de mis compañeras, de tanto ver las fotos

de sus hijos, de sus esposos, puedo decir que uno empieza a quererlos como si fueran nuestros.

Estar con ellas me ha hecho fuerte y me ha enseñado a defenderme y a defender a mis hijos, a no dejarme humillar. También he aprendido a sacar lo que traigo y a valorar a las personas que me han echado la mano. Ojalá nunca nos hubiéramos tenido que conocer en estas circunstancias, pero así nos pasó y de todos modos es bonito.

Para nosotras lo más importante es saber dónde están nuestros hijos, a estas alturas ya no hay mucho que podamos hacer para salvarlos vivos y para castigar a los responsables. A veces cuando miro la foto de mi gordo digo que no es posible, no creo que esté muerto, pero ya han pasado tres años. De pérdida lo que quiero es un lugar para llorar, para poner una veladora y unas flores, el resto se lo dejo a Dios, porque ni siquiera venganza quiero, eso no me va a regresar a mi hijo. Además, tengo familia y no quiero arriesgarla, mientras seamos madres y estemos en este mundo estamos expuestas a todo.

Sé que me voy a encontrar con él cuando Dios disponga, porque fue Dios quien nos eligió para ser Buscadoras y asimismo pondrá el momento para encontrar a nuestros tesoros. Quizá muera sin encontrarlo, pero voy a morir feliz porque estaré satisfecha de haberlo buscado hasta el último día.